

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Reconstrucción de las identidades y reinención de tradiciones políticas en las versiones de la historia de la izquierda durante la transición democrática (1982-84).

Juncos Frontera, Rodolfo (Universidad Nacional de Villa María).

Cita:

Juncos Frontera, Rodolfo (Universidad Nacional de Villa María). (2007). *Reconstrucción de las identidades y reinención de tradiciones políticas en las versiones de la historia de la izquierda durante la transición democrática (1982-84)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/663>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE
HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Título: RECONSTRUCCION DE LAS IDENTIDADES Y REINVENCION DE TRADICIONES POLITICAS EN LAS VERSIONES DE LA HISTORIA DE LA IZQUIERDA DURANTE LA TRANSICION DEMOCRATICA (1982-84)

Mesa Temática Abierta: PROBLEMAS TEORICOS Y METODOLOGICOS DE LA REPRESENTACIÓN DEL PASADO RECIENTE: CONOCIMIENTO HISTORICO Y MEMORIA

Universidad: UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARIA

Facultad: INSTITUTO DE CIENCIAS HUMANAS. AREA DE HISTORIA

Autor: RODOLFO JUNCOS FRONTERA

Cargo Docente: PROFESOR ADJUNTO

Dirección: ORTIZ Y HERRERA 165, VILLA CARLOS PAZ, CORDOBA

Teléfono: 03541-422316

Correo electrónico: rodolfojuncosfrontera@yahoo.com.ar

En este escrito proponemos algunas reflexiones que sirvan para el análisis de los discursos políticos de las organizaciones de izquierda a través de la consideración de las distintas versiones sobre la historia partidaria que aparecieron en la transición democrática y la oportunidad que esas historias significaron para la discusión sobre sus identidades a la hora de comenzar una nueva etapa de politización en la segunda mitad de 1982.

Consideramos que asistimos en la transición a un importante esfuerzo de reinvención de las tradiciones políticas de la izquierda, proceso éste que es observable en las nuevas interpretaciones del pasado partidario y su utilización a los fines de reposicionarse en el nuevo contexto político.

El punto de partida del trabajo es la observación de que a partir de 1982-83 presenciamos un momento de reconstrucción de las identidades políticas de la izquierda. Este proceso se realiza surcado por una serie de “tensiones” que no sólo lo enmarcan políticamente sino que lo condicionan decisivamente. Nos referimos a, por lo menos, seis situaciones que involucran a los discursos de la izquierda en este período: 1) la traumática “salida” de la experiencia del exilio y la muerte, 2) la ardua tarea de reconstrucción de las estructuras partidarias, 3) el surgimiento de una izquierda autodenominada como “democrática” en contraposición a otra que “sigue” proponiendo ideales revolucionarios y socialistas, 4) la ocupación, por parte del alfonsinismo, de una parte del espacio político de la izquierda y que

resultará un importante punto de atracción para un grupo de intelectuales con “pasado” de militancia de izquierda, 5) las dificultades de rearticulación de un discurso de izquierda peronista y 6) el fuerte proceso de debate interno en algunas organizaciones de izquierda sobre sus posiciones en la década del 70.

Utilizamos aquí el concepto de transición¹ (y la interpretación que le da Lesgart a los usos de ese concepto) con el propósito fundamental de delimitar temporalmente el análisis. En este avance solo tomaremos publicaciones de la transición temprana, anterior e inmediatamente posterior al triunfo radical de octubre de 1983.

El punto de partida histórico se impone a partir del momento en que se produce lo que para Quiroga² es el fracaso de la guerra como forma de legitimación, lo cual abriría una etapa de derrumbamiento del proyecto autoritario de 1976 y, por lo tanto, el periodo propiamente dicho de transición a la democracia. Como primera definición adoptada para el proceso histórico en general, denominaremos a este momento abierto en Junio de 1982 como *transición* teniendo en cuenta, por lo menos, a dos problemáticas que la surcan: en primer lugar, la reconstrucción del espacio público, de la sociedad civil, de sus formas de participación, sus identidades y la de las instituciones democráticas y, en segundo lugar, la redefinición de poder entre las autoridades legítimas y el sector militar además de un momento de reconstitución de las organizaciones políticas y partidarias, de florecimiento de las nuevas identidades y de las nuevas formas de participación, de legalización de la vida política, etc;

Al hacer hincapié en las “explicaciones” que se dan sobre el pasado, la fuente primaria fundamental de nuestro trabajo es “lo que se dice” sobre el pasado, lo que se enuncia en términos de discurso. Por lo tanto, proponemos analizar los discursos políticos de las organizaciones de izquierda en sus publicaciones oficiales o que actúan como tales. Para ello consideramos que los discursos emitidos pugnan, luchan entre sí por ser “los sintetizadores” de una experiencia del pasado, por dar “una explicación” del pasado³.

Se nos presenta como importante y necesario analizar el “lugar” desde donde escribe el autor de esa reconstrucción. Aquí la autoría no sólo significa creación individual sino, también, el espacio desde donde “habla” una corriente o línea interna de la organización (Costa, 2001).

También deberíamos rescatar cuales son los hitos (en términos de Bourdieu) del relato histórico que conforman los textos analizados. La selección (necesariamente presente) de

¹ El concepto de Transición, pero sobre todo, la forma en que distintos grupos políticos e intelectuales lo utilizan está extraído de Lesgart (2003)

² la referencia más importante sobre la caída del proceso de reorganización nacional sigue siendo, en mi opinión, Quiroga (1994)

³ valen aquí las sugerencias de Skinner para el análisis de los textos con intenciones de introducirse y ser parte de un debate político (Skinner, 2000)

hechos denotaría una intencionalidad en la reconstrucción que se puede observar y convertir en objeto de análisis. Por ejemplo, la de demostrar su carácter o posiciones “democráticas” o “nacionales”, “populares”, su no vinculación con gobiernos militares, etc.

Siguiendo a Altamirano, trabajar con textos convertidos en discursos nos impone considerarlos como “objetos de frontera, es decir, textos que están en el límite de varios intereses y de varias disciplinas”. Esos discursos evidenciarán siempre (más allá de su intencionalidad explícita) dos características que le son constitutivas: una pretensión de verdad, y el hecho de que ellos mismos son actos políticos. Todos ellos se rigen por lógicas de producción que los relacionan con la política, intervienen en ella, discuten la historia, luchan por sintetizarla, conforman públicos y constituyen autores.

Otro aporte fundamental que hemos recibido, es el texto de Claudia Gilman (Gilman, 2003) sobre los escritores y el campo literario revolucionario en América Latina. La autora nos propone un desafío al considerar que “el problema mayor no era (en referencia a su trabajo) solamente conceptual, terminológico, categorial, sino la necesidad de conferir una articulación a objetos que han sido ya pensados y descriptos pero que no pueden dialogar entre sí” (Gilman, 2003). Suponemos que los distintos participantes del debate en la transición pueden “dialogar” a partir de un esfuerzo de reconstrucción por parte del investigador. También de la autora es la idea de que cuando nos referimos a la transición no hacemos mención a dos o tres años sino a un espacio de tiempo concebido “como el campo de posibilidades de existencia de un sistema de creencias, de circulación de discursos y de intervenciones” (Gilman, 2003)⁴.

Consideramos posible la consideración de la prensa partidaria y los documentos “oficiales” de los partidos seleccionados como parte de una lucha por la imposición de sentidos que forma parte de lo que Bourdieu denomina un juego de disputas simbólicas y apuestas interpretativas⁵. Dicho en otros términos, no trabajamos los materiales publicados por las distintas organizaciones políticas como reflejo de una realidad externa sino como parte de un proceso que necesariamente es conflictivo y, por lo tanto, político. En este campo es posible visualizar permanentes y distintos esfuerzos por imponerse y establecer hegemonía sobre las interpretaciones políticas de hechos del presente y del pasado. Además ese conflicto hace referencia, y está basado en una concepción política de los medios de comunicación, a su capacidad para proponer e imponer, como relevantes, temáticas y esquemas de percepción e interpretación sobre la realidad. Pero esos medios no son concebidos como actores solitarios de un espacio público sino conformando un espacio dialógico.

⁴ El problema de abordar el pasado de la izquierda como unidad ya ha sido planteado, entre otros por Teran (1991)

⁵ Ver fundamentalmente Bourdieu (1985)

Las reconstrucciones del pasado partidario que encontramos en distintos formatos constituyen no sólo una oportunidad de reexamen de las trayectorias pasadas sino también un campo de debate en el que son reconstruibles “viejas” polémicas y en donde es observable un nuevo espacio de disputa por la interpretación del pasado de la izquierda debido a la necesidad de “saldar” las experiencias pasadas. Estas batallas por el pasado mediato e inmediato son parte central del esfuerzo de redefinición de las identidades de izquierda luego del Proceso de Reorganización Nacional.

Pero también las disputas por la interpretación correcta de las trayectorias de la izquierda es un elemento fundamental de posicionamiento frente al nuevo escenario político abierto en junio de 1982. Las estrategias, las alianzas, consignas o las posiciones con respecto a las “tareas” a afrontar en la transición o la resignificación de la democracia liberal, son reconsideradas a partir de la “conclusión” que se extrae sobre el pasado reciente.

Si junio de 1982 abre un período de entrada a la política de un amplio sector juvenil que desconoce las trayectorias de la izquierda y si la transición incluye un proceso de politización de amplios sectores de la sociedad, las “historias de la izquierda”, que aparecen en ese momento, cumplen un papel mucho más profundo que el de acercar a un público masivo el pasado de sus organizaciones. Esas historias son una oportunidad de redefinición y debate intra-izquierda y ayudan a constituir las nuevas identidades y culturas políticas de la izquierda.

Consideramos que las versiones sobre el pasado de la izquierda que se ofrecen al público son también formas de intervención en un debate que va redefiniendo las identidades de la izquierda. Éstas no salen “ilesas” de ese debate. La época de la transición nos presenta algunos discursos que se esfuerzan por reconstituir lazos de continuidad con el pasado y otros que se proponen como superadores de ese pasado. Entre esas dos posibilidades se van ubicando las distintas estrategias, constituyendo así, las nuevas reglas del debate de la izquierda.⁶

DEBATIENDO EL CONCEPTO DE IDENTIDAD POLITICA Y SUS USOS

En primer lugar deberíamos someter a debate la afirmación de Aboy Carles (que para el autor se convierte en un supuesto importante) que los sucesos de Malvinas y la realidad de la

⁶ También son de gran importancia (y parte de la segunda etapa de nuestra investigación) publicaciones periódicas que tienen una vinculación directa o indirecta con los partidos políticos y que brindan la oportunidad de analizar testimonios de militancia política útiles para la reconstrucción de la historia partidaria, como por ejemplo: *Búsqueda*; *Compañeros de militancia*; *Crisis*; *El Despertador*; *El Argentino*; *Entre todos*; *Expreso*; *Fin de Siglo*; *Humor*; *Jotapé*; *Militancia*; *El Porteño*; *Quehacer Nacional*; *Quórum*; *Se viene*; *Tiempo Latinoamericano*, etc.

hiperinflación “crearon una situación de disponibilidad respecto de las configuraciones de sentido preexistente que definían las identidades vigentes”. Los comienzos de una respuesta deberían partir de una problematización más amplia: preguntarnos si la transición en términos generales crea para la izquierda una situación de disponibilidad. Creo que se puede afirmar que la transición tiene un efecto desestructurante de las identidades políticas de la izquierda. Pero, si así expresamos el problema, estamos obligados a observar con detenimiento qué temas, debates o decisiones tendrían semejante consecuencia que pueda romper, poner en crisis, cuestionar, etc. las configuraciones de sentido de la izquierda.

Se afirma también que la transición relaja las afinidades y las solidaridades (al “interior de cada una de las identidades) y que la “compartida” lectura común de la historia inmediata “que fijaba marcos” también se distiende “abriendo” la posibilidad de nuevas rearticulaciones de sentido. Pero nuevamente tenemos que expresar que tal como está dicho, la transición es un factor demasiado vago. Habría que investigar hacia adentro de cada una de las identidades, indagar cuales son los aspectos de la transición que tienen algún efecto de ruptura: por ejemplo, ¿será el posicionamiento de los partidos de izquierda con respecto a la apertura política generada por la dictadura y las vinculaciones con la multipartidaria?, ¿los problemas y la decisión que tiene que ver con la legalización de los partidos?, ¿los alineamientos electorales?, ¿as definiciones sobre o las relaciones con el peronismo?, las explicaciones sobre el triunfo del radicalismo?, etc. si la respuesta al conjunto de esas preguntas actúa como hipótesis y se le asigna un lugar central en la reconstrucción de una época, consideramos que la respuesta debe ser negativa. No creemos que algunos de esos temas pongan en discusión aspectos centrales de las identidades del PI, PC, MAS, PO, FIP, etc.

Sería necesario, entonces, rearmar el “recorrido” de determinados debates para cada una de las tradiciones políticas. Lo que Aboy Carles denomina como “crisis de certezas” es relativa a cada uno de los partidos políticos. Aquí no se pretende convertir en sinónimo el concepto de tradiciones políticas con el de partidos. No se desconoce que son esquemas que recortan con distintos perfiles a las identidades políticas. Pero no podemos desconocer que los partidos, en la medida que actúan como estructuras contenedoras de las identidades, actúan como mecanismos de defensa, como anticuerpos en las situaciones de crisis identitaria. En la medida que “El Partido” (más allá de sus direcciones) sea o siga siendo, aún con presencia de críticas internas, reconocido como articulador de discursos implicados en las identidades y de las acciones colectivas, habría una “contrafuerza” a esa “puesta en cuestión de afinidades y rechazos”.

Por lo menos no debería convertirse en un a priori la situación de desestructuración de las identidades de la izquierda en la transición. En cada una de ellas actúa o intenta actuar una malla protectora frente a determinados debates. Creemos que es solamente en el análisis particular en donde entenderíamos el grado de permeabilidad o resistencia frente a los posibles “quiebres de diagnósticos compartidos”. Por ejemplo: en el PC existió una fuerte resistencia interna a la continuidad de una dirección (que, al mismo tiempo, representaba una estrategia política) que no tiene ya posibilidades de estructurar una respuesta novedosa (en la situación de imposibilidad de intentar la misma) frente a sus diagnósticos y posiciones con respecto a “los 70”, el peronismo en su versión isabelina, la dictadura, etc. También en el caso del PI, en la medida que se mantiene un liderazgo personalizado y continúa el crecimiento cuantitativo del partido (hasta 1987) se mantendrá la unidad y la vieja (también en un sentido etario) dirigencia del partido contendrá las demandas de apertura de hacia una estrategia de unidad o con el peronismo o con la izquierda y evitará el estallido de sus fracciones.

Cuando se intenta trasladar al tratamiento de los partidos de izquierda el desplazamiento de las identidades radical y peronista por el surgimiento de los discursos alfonsinista y menemista, puede cometerse el error de no observar la importancia que tiene “El Partido” en la cultura política de la izquierda. Esa centralidad implica que la organización (su dirección, congresos, prensa, responsables regionales) tiene la posibilidad, porque cuenta con las herramientas para hacerlo, de combatir los factores de crisis que afectan a la identidad partidaria. Además, no se puede soslayar, ni disminuir en importancia, el significado profundo (a veces casi traumático) que puede implicar el acto de cuestionamiento, o de ruptura para esas tradiciones políticas. Si no se dimensiona la significación que se le otorga a la adhesión, permanencia y militancia al interior del “Partido” no se puede comprender lo que implica para la cultura política de la izquierda un momento de crisis o quiebre partidario o de algunos elementos de su cultura.

Además, cada cultura partidaria ha tenido distinta “tolerancia” a la existencia de fracciones o de cuestionamientos internos. Habría que incorporar al análisis de los momentos de crisis partidaria las formas (y las normas) consideradas como legales para la resolución de situaciones de crisis. Esa tolerancia, los grados de amplitud en el debate, las formas “institucionalizadas” de conducir ese debate para que no se haga centrifugo, la importancia asignada a los congresos partidarios, las resoluciones de la dirección o la existencia de liderazgos personalizados son elementos fundamentales para observar las posibilidades de circulación de discursos contrahegemónicos al “interior” de cada una de las identidades de la izquierda.

La mera existencia de contradiscursos no implica que estos se conviertan necesariamente en factores disruptivos. Entre la proposición, circulación y su capacidad de modificar las configuraciones de sentido preexistentes no solo existe un “tiempo” u oportunidad sino que también puede ser oportunidad para que “el partido” genere un espacio de intervención para tener la posibilidad (cuando la posibilidad aún existe en criterio de la autoridad partidaria) de desmontar la fuerza de impugnación de esos contradiscursos o de eliminarlos como factor de crisis.

Durante una parte importante de la transición, las nuevas narraciones propuestas deben, necesariamente, incorporar una relectura del pasado. Sin duda, los años 80 ponen en tensión a las tradiciones políticas de la izquierda. Las dinámicas de esta transición son distintas a la anterior experiencia de salida de una experiencia autoritaria (como la de 1972-73), eso parece imponer nuevas tareas políticas y una permeabilidad al proceso de apertura en un marco de politización que, obviamente, se presenta distinto al de 1973. Pero en el interior de la izquierda esa apertura a la nueva transición también debe relacionarse con la lectura que se hace del contexto internacional. Es difícil exagerar la fuerza que tiene el posicionamiento sobre situaciones mundiales (como Nicaragua, Chile, Bolivia, URSS, etc.) en el marco de los debates inter o intra izquierda.

Un ejemplo de debate es el que resulta del necesario repaso sobre los posicionamientos partidarios con respecto a la dictadura saliente. En el marco del obvio repudio aparecerá una “competencia” por demostrar una mayor combatividad o resistencia, por no haber transigido en ningún aspecto o por haber predecido sobre su carácter represivo. En este tema, las dificultades mayores de explicación sobre su pasado inmediato surgen para el PC y el FIP ya que ambas organizaciones se distanciaron de las otras con respecto a los diagnósticos sobre la dictadura (de aquí surge, por ejemplo, una permanente actitud de crítica hacia el PC por sus opiniones sobre el Videlismo). En el resto de las corrientes no son necesarios esfuerzos discursivos para diferenciarse con respecto al Proceso (salvo en algunas explicaciones provenientes del espacio cercano al FIP).

Siguiendo a Aboy Carlés, consideramos aquí uno de los aspectos del concepto de identidad política⁷, en este caso, el que hace referencia a cómo se proponen, organizan,

⁷ Para ser precisos conceptualmente y para esclarecer nuestros puntos de partida, utilizamos el siguiente concepto de identidad política propuesto por Aboy Carlés: “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradas de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia”.

defienden, imponen y legitiman las denominadas por el autor “líneas de demarcación” con respecto a otras identidades y que actúan como marcas de inclusión y exclusión en relación a otras tradiciones políticas⁸. Por líneas de demarcación entendemos, para este trabajo, todo el esfuerzo discursivo puesto al servicio de aclarar (tanto para un destinatario “interno” a la tradición e identidad política analizada, como otro externo o adversario) los rasgos, características, historia, trayectoria, defectos o virtudes de ese exterior constitutivo que co-define la identidad, que significa “el otro” en términos de corrientes, organizaciones o partidos y que debe ser muy precisamente mapeado para mostrar “hacia adentro” las diferencias, las desviaciones, los errores, los riesgos o las posibilidades de vinculación, acuerdo o alianza.

Para ese fin es que cada uno de los partidos de izquierda invertirán distintas estrategias discursivas para establecer claramente esa demarcación con las otras organizaciones. Por eso la historia significará uno de los campos privilegiados donde se desarrollará esa “inversión” de recursos discursivos para disputar, recuperar, fijar y legislar (según corresponda en cada caso) los elementos de esa tradición que se considerarán “propios” y, al mismo tiempo, distintivos. En ese trabajo adquirirá centralidad el disponer como “haber” en cada tradición e identidad una historia partidaria que hunda sus raíces en toda la trayectoria de la izquierda (o aún más, en todo el pasado de las ideas definidas como liberales o progresistas), la disponibilidad de una especie de legitimidad de origen que justifique históricamente su nacimiento, una claridad política evidenciada en la justeza de sus estrategias, la capacidad de observar los errores de sus adversarios o aliados, la vitalidad para sobrevivir hasta el presente (más allá de las dificultades, cambios de denominación, fracturas, desdibujamientos temporarios o, incluso de desaparición temporal), la capacidad de atesorar en el tiempo una interpretación “correcta” de los programas políticos originarios o de la vigencia de los “clásicos” y el rol de custodio de un conjunto de rituales y simbologías que se las presenta como perennes, vigentes, exclusivas, excluyentes o necesarias para la continuidad de los rasgos centrales de la identidad.

La historización de su identidad es el ejercicio que se pretende con las “historias oficiales” que aparecen en la Biblioteca Política Argentina y que son encaradas en el marco de una multitud de iniciativas semejantes que son parte del despertar de publicaciones (o por lo menos de su mayor difusión) de la izquierda en esos años, así como de las honestas o interesadas iniciativas editoriales que aprovechan la politización de la transición y la avidez por conocer sobre los partidos políticos. Este panorama conforma un espacio discursivo de gran

⁸ No desconocemos que esta perspectiva puede continuar con una muy importante discusión sobre la representación como dimensión de la identidad, la relación representable/representado y el papel preformativo del representante en el proceso representativo. Todo ese debate sugiere, obviamente, la referencia teórica de Žižek.

competencia por la reconstrucción de la historia de la izquierda en el que cada propuesta debe insertarse en un ambiente en el que se solapan la sedimentación de prácticas discursivas anteriores, que ya forman parte de la cultura política de la izquierda, y la nueva⁹ lucha por la imposición de (nuevos) sentidos en un proceso de pugna discursiva que necesariamente tiene nuevos temas y nuevas reglas.

La apertura política puso en movimiento nuevas, amplias y diferentes exigencias para los partidos de izquierda. Entre otras, la de intentar un reposicionamiento luego de la dura experiencia de la dictadura y, más allá de los distintos niveles de actividad en la clandestinidad, todas las organizaciones tuvieron que afrontar la tarea de readecuar su discurso ante el nuevo escenario político. En ese marco aparecen las diversas estrategias para estructurar, defender y mantener las fronteras políticas.

En ese esfuerzo, es que adquiere importancia el establecimiento de límites identitarios claros. Contribuyendo a eso, todas las organizaciones políticas, a la hora de reconstruir su historia, encaran la tarea de precisar un recorrido (que es histórico, ideológico y simbólico) que sea visible en todo su vida como partido y que remarque, sobre todo, la continuidad, la coherencia, la logicidad de sus decisiones, la precisión de sus argumentos y oportunidad de sus estrategias. Esa historia construida desde las direcciones partidarias o desde autores que cuentan con ese aval puede ser un ejercicio importante de reducir las confusiones sobre los límites de esa tradición, ya que conforman una voz autorizada, se posicionan inmediatamente como centro del debate y conforman los marcos desde donde se van a cuestionar o combatir la definición de la historia del partido. Como afirma Aboy Carles no hay perdurabilidad (casi condición de existencia) de una identidad sin una operación discursiva que establezca (con fuerza de ley) los límites que la definan. El nivel de precisión de esos límites es variable y dependerá de las estrategias políticas del partido¹⁰, pero siempre ocupan un rol central ya que las identidades existen en un sistema de diferencias que es necesario mantener debido a que las diferencias y, por lo tanto, las identidades se construyen desde y con el antagonismo. La capacidad de un partido de generar una operación hegemónica que sostenga en el tiempo los límites de la identidad política que se pretende defender es una garantía de perdurabilidad en el

⁹ Decimos que es una nueva lucha por que el escenario de la transición abierta en 1982 no solo impone una nueva competencia “propia” de todas las salidas de regímenes autoritarios, sino porque esta apertura de los 80 tiene que hacerse (al mismo tiempo) desde temas que pueden ser vinculados a los debates de los 70, pero, sobre todo, pronunciándose en nuevos términos sobre la democracia, la violencia, el autoritarismo, el socialismo, la revolución, etc.

¹⁰ Es observable que en distintos momentos históricos los límites identitarios son presentados como más laxos debido a que la organización se encuentra embarcada en una estrategia de captación de otras corrientes o en una política de alianzas. Al contrario, cuando se prioriza la singularidad del partido los límites son definidos como muy exigentes y precisos.

tiempo. Son precisamente los cuestionamientos a esa capacidad de construir hegemonía lo que generan las crisis identitarias y las crisis partidarias.

Ese esfuerzo por mantener el antagonismo, que es fácilmente visible en varias de las reconstrucciones históricas analizadas, es el que renueva el exterior constitutivo de cada una de las identidades políticas. Se podría seguir en el tiempo la movilidad de ese referente externo de las identidades analizando las valoraciones que, desde cada una de las tradiciones políticas, se realizan sobre las otras organizaciones de izquierda. Comprenderíamos, así, que el espacio ideológico de la izquierda se constituye, también, en el debate entre las tradiciones.

Esas “historias oficiales” que aparecen en los primeros años de la transición tienen (o pretenden tener) un carácter instituyente, en el sentido de que las nuevas versiones del pasado partidario tienen el propósito de articular, por un lado, registros de historias ya existentes, construcciones míticas, relatos militantes y, por otro, una percepción sobre el presente y lograr una versión hegemónica. Ese acto de fijar “una historia” es un elemento central para el sostenimiento de la identidad ya que desestabiliza o borra (por lo menos impugna) las objetivaciones anteriores del pasado y, por la capacidad de difundir y reproducir que tiene la organización, constituye una nueva trama de significados y un nuevo sentido común sobre la historia partidaria.

En nuestro trabajo consideramos distinguibles distintos tipos de relatos históricos que se corresponderían con distintas estrategias discursivas y, por lo tanto políticas, ensayadas a la hora de presentar versiones de la historia partidaria:¹¹

1) LA BUSQUEDA DE LA COHERENCIA

Para cada una de los discursos políticos analizados, la reescritura de la historia partidaria se convierte en una oportunidad de someter a discusión no solo su trayectoria política sino la de **generar “explicaciones” sobre determinados períodos, posicionamientos del partido, opiniones**, etc. Son el momento de surgimiento de nuevas “historias oficiales” partidarias que tendrían el rol de **otorgarles coherencia**, lógica, **transparencia a sus trayectorias**. Esas reconstrucciones significan, también, la posibilidad de replantear debates entre fracciones internas o con otras corrientes políticas que fueron importantes en el pasado, son la oportunidad de nuevas conclusiones e intentos de demostración de que “se estaba en la línea correcta”.

2) AL RESCATE DE LOS “TITULOS”

¹¹ Por las limitaciones de espacio nos vemos impedido de ejemplificar las distintas estrategias discursivas. En trabajos previos lo hemos realizado.

Otra estrategia la constituye el esfuerzo de **adquirir en el pasado “títulos”** para una corriente o fracción. Lo que se está intentando de esa forma es **construir una tradición** política, se **“utiliza” el pasado**, se lo reordena con esos fines.

3) LA CONTINUIDAD ANTE TODO

En esos casos, y generalmente, las conducciones partidarias **repasan el pasado realizando los lazos de continuidad** en el tiempo, **evitando remarcar** los momentos de **crisis** o cesuras, como un modo de otorgarle legitimidad a la posición de poder y autoridad legal que ocupan en ese momento y a la obra que encaran al rescatar el pasado.

Cuando se analizan documentos o historias partidarias consideramos de gran importancia detenerse en la reconstrucción histórica de los momentos fundacionales del partido o de una fracción, en los factores que “explicarían” su surgimiento y en la forma en que son destacados ciertos hechos y no otros, ver esa explicación y cómo se la presenta como una “necesidad” política o histórica.

4) EN LA LINEA CORRECTA

También podemos visualizar retrospectivamente otros esfuerzos permanentes de los discursos partidarios, como el de **“demostrar”** que en determinadas coyunturas o debates políticos **se tuvo la posición u opinión “correcta”**, y que estos aciertos estarían “demostrados” por lo que se considera “la evolución posterior de los hechos”. Al ser parte de un ejercicio de reconstrucción histórica (y política), que tiene un autor (y por lo tanto una posición en el debate desde donde se habla, un autor con historia, intencionalidades, etc) esa “evolución posterior” es parte de la recreación del pasado y, por lo tanto, su uso como argumento justificador a posteriori es parte de ese intento de recreación del pasado.

5) SUMARSE A UNA TRADICION

Observamos también que **los autores (sean individuos o fracciones)** de los textos que conforman nuestro corpus (que pueden actuar como “representantes” de una corriente o una tradición que es reconocida en su permanencia hasta el presente) pueden **“adscribirse” a una trayectoria histórica** como parte de sus esfuerzos de obtener en el presente una legitimidad que van a adquirirla en el pasado¹².

¹² Una muestra de esta estrategia es la “nueva” presentación que de la historia del peronismo hace J. A. Ramos en su clásico “La era del peronismo”. La reedición de ese libro aparecida en Junio de 1983 que incorpora, como actualización, un capítulo denominado “los dioses tienen sed” sobre el período 1973-1976. Analizando las últimas páginas del libro es notorio que en el momento de tratarse la retirada de la dictadura militar, la apertura política, la conformación de las coaliciones políticas en vista a las elecciones de marzo del 73, la última etapa de la movilización social antidictatorial, etc, las menciones al que en ese momento es la estructura política que contiene a la tradición de la denominada “izquierda nacional” son mínimas. El libro “La era del Peronismo. 1946- 1976” tiene casi 290 paginas, desde la 9 a la 153 el autor se concentra en el periodo 1943-1954, desde la página 153 a la 249 se trabaja el periodo abarcado entre el enfrentamiento Perón-Iglesia hasta la asunción de Lanusse y en los dos

6) LAS ESTRATEGIAS DE EVITACIÓN

De todos modos, no solamente tenemos que detenernos en trabajar los discursos explicitados, sino también los **puntos oscuros de la trama** que conforma la historia partidaria, los temas o coyunturas menos “explicadas”, en donde el relato se hace críptico, en donde prevalecen las ausencias de información. Esos “**blancos**” del relato pueden ser tan ilustrativos para nuestros propósitos como los períodos o temas más abundantemente trabajados, conformarían “estrategias de evitación”¹³.

7) DESTACANDO LOS LÍMITES

Encontramos reinventiones de tradiciones que se **esfuerzan en reconocer y destacar** fronteras o **límites identitarios** bien claros, donde la reconstrucción pasa, fundamentalmente, por establecer las diferencias existentes con otros partidos, corrientes, o con otras fracciones de la misma tradición o con otras tradiciones. Este intento se concretaría al remarcar las distancias que existieron, y por lo tanto existen, en la comparación de ciertas opiniones, actitudes o posicionamientos en un debate. Lo que se pretende es rescatar la singularidad de esa tradición y de la cultura política que le correspondería, su “impermeabilidad” ante otras tradiciones ideológicas. Por supuesto que, en este caso, las identidades políticas son presentadas en términos de homogeneidad y la hibridez es considerada como sinónimo de indefinición, penetración o pérdida de rasgos propios. También deben ser reconocidos los intentos de tolerar los trasvasamientos desde otras tradiciones, incluso los que se expresan simbólicamente (consignas, rituales, colores, nombres y otras marcas identitarias), así como los esfuerzos por rechazar esas “penetraciones” de otras tradiciones ideológicas.

8) ATRAPA TODO

Otras reconstrucciones se **esfuerzan**, por el contrario, en **destacar su apertura a otras tradiciones**, su vinculación con otras corrientes, como parte de un ejercicio de pluralidad, amplitud, espíritu democrático. Por supuesto, por este acto se construye un adversario que ha

últimos capítulos (pag 250-292) se trata desde la apertura política de Lanusse y los gobiernos de Campora, Perón e Isabel

¹³ Por ejemplo, en el libro de Ghirardi sobre el PDC el análisis de la caída del peronismo y la participación del partido en la crisis del régimen es tratada muy brevemente. Toda la consideración del año 1955 es reducida en el relato en una evidente estrategia de evitar pronunciarse sobre un momento político clave que implicaría conocer el pensamiento del partido sobre el Peronismo, su relación con la oposición, el problema de los golpes de estado, el rol de las fuerzas armadas en un gobierno civil, la preparación del golpe, sus proyectos, el problema de liderazgo en la Revolución Libertadora, etc. De todos esos temas desconocemos opinión de época o alguna reelección desde el presente de la publicación. En cambio, se le dedica algo menos de dos páginas a la cita de un manifiesto de la Junta Promotora del 13/7/55 donde suponemos que está reflejada la opinión oficial de la agrupación, pero en ese capítulo no se encuentra ninguna explicación del conflicto Iglesia-Peronismo que conforma, entre otras cosas, el contexto político de surgimiento de la DC

adquirido a lo largo del tiempo las características contrarias: cerrado, sectario, no abierto a los cambios o al contexto, anclado en el pasado. Aquí la identidad es presentada como híbrida y esa situación es convertida en una virtud construida en el pasado y en el presente. También deben ser reconocidos los intentos de aceptar, justificar o tolerar los trasvasamientos desde otras tradiciones, incluso los que se expresan simbólicamente (consignas, rituales, colores, nombres y otras marcas identitarias).

LA BIBLIOTECA POLITICA ARGENTINA Y LA INVENCION DE LA IZQUIERDA

Galasso y su combates con la izquierda

Si analizamos el libro de Galasso notaremos fácilmente la utilización de la reconstrucción de la historia partidaria y de una tradición política como parte de una estrategia de reposicionamiento en el nuevo escenario de la transición. Nos referimos, por supuesto, al intento de historizar a la tradición denominada como la “Izquierda Nacional”.

El propósito de Galasso queda claro ya en la primera página del libro. La tarea de reconstrucción histórica posibilitaría que *“historiando su gestación y crecimiento será posible entender a este personaje relativamente nuevo de la política argentina”*. Tarea que, como dice el autor, todavía es necesaria para esclarecer lo que supone como una *“grave incongruencia”*: la postulación de la existencia de algo denominado como Izquierda Nacional. Galasso se hace eco, en 1983, de una discusión que diez años antes sería oportuna a la hora de comenzar un texto que sirve para presentar y posicionar a una tradición política en el campo de los debates de la izquierda.

El autor se asigna la tarea de *“demostrar”* la posibilidad de conjugar *“Socialismo y Patria”*, tal como reza el subtítulo del capítulo I. Esta tarea es realizada en el marco de un camino ya transitado por otros autores de la misma tradición: el que parte de la diferenciación entre una izquierda *“auténticamente argentina”* y las expresiones *“internacionalistas”* de la Primera, Segunda, Tercera o Cuarta Internacional. Galasso apela al argumento de que el rechazo a la denominada *“cuestión nacional”* es compartida por los partidos socialistas europeos, trasladada a la Argentina y directamente emparentada con la *“ideología liberal dominante, difundida por la clase alta, que abdicaba la soberanía en aras de su incorporación a la civilización”*. De ese modo, para nuestro autor, habría una vinculación directa y necesaria entre un ambiente socioeconómico basado en la importación de modelos económicos extranjeros y en la importación de trabajadores inmigrantes. Lo primero se relaciona con las típicas situaciones coloniales, pero lo segundo se traduce en un problema que

va a ser importante en su argumentación: esos trabajadores estaban condicionados no solo por su extranjería sino también por su “condición artesanal” y por una carencia básica que es la constituida por su estado de “*no integrados aun a la tradición nacional*”. Esa conjunción de situaciones convertirían a los obreros de fin de siglo XIX en proclives a vincularse a discursos “*internacionalistas*”.

Esa explicación es importante para la trama del libro ya que le posibilita entender la relación entre obreros y discursos “no nacionales” como producto de condiciones de un desarrollo industrial primitivo, de escasa vinculación con tradiciones nacionales. Todos ellos factores corregibles en un proyecto de economía y estado “nacional”. El resultado político que observa es el origen del Partido Socialista desde agrupaciones obreras alemanas, belgas, francesas, etc, enfrascadas en una lucha económica pero que no pueden visualizar lo que sería el problema fundamental de la época, el del imperialismo y su acción en el país, ya que esas organizaciones de izquierda están “*colocándose al margen de la problemática política de la época*”. El no entendimiento de la llamada “cuestión nacional” se convierte, a partir de esa época, en el problema fundamental que acarrearía la izquierda por “*varias décadas*” (obviamente hasta el momento que escribe el autor).

En la segunda página del libro ya está presentada una de la hipótesis centrales de Galasso: el crecimiento indudable de la izquierda política de fin de siglo XIX y principios del XX tenía que ver con un estadio incompleto de industrialización en Argentina y la condición de extranjería de sus sectores obreros. De ese ambiente socioeconómico se construye lo que para el autor es un escenario de varias décadas de “incomprensión” de la izquierda de los problemas centrales de la Argentina. Obviamente, la posibilidad y características de la “comprensión” están fijadas de antemano. Se la caracteriza a ésta no tanto como una grado de conocimiento de las problemáticas nacionales sino por el tipo de conclusión que se extrae: se “comprende” si se observa que la “cuestión nacional” es el tema prioritario y se “incomprende” si se prioriza la lucha de clase o el internacionalismo¹⁴.

Recordemos que Galasso está embarcado en el propósito de darle profundidad histórica a esa tradición y de vincularla con el aporte de autores de todo el siglo XX que sostengan ese esfuerzo. De ahí las menciones a Ugarte ya que este autor le permite mantener un combate permanente con otras tradiciones de la izquierda. Si la Izquierda Nacional no existía como cuerpo de ideas diferenciado y, menos aún, como organización política, Galasso encuentra la

¹⁴ El problema de la no comprensión de la cuestión nacional estaría, en realidad, ya en el seno de la Internacional Socialista. Galasso nos dice que en el marco del debate de la izquierda de la primera década del siglo XX un argentino se destaca como la voz que “planteará con mayor claridad la posición nacional para los socialistas del mundo oprimido”, y esa voz es la de un desconocido para la izquierda internacionalista argentina: Manuel Ugarte.

forma de ser parte de la historia de la izquierda y compartir esa historia con otras corrientes vigentes al momento de escribir (1983) y evitar, así, el problema de explicar la “juventud” de su corriente y de su “escasa” historia.

Manuel Ugarte le aporta a nuestro autor las primeras manifestaciones de lo que después sería el nacimiento de la “comprensión del problema nacional” que constituiría el “haber” principal de la IN, las primeras elaboraciones del concepto de patria en la izquierda y esto hecho desde una posición que se autopostula como socialista y que además es protagonista de los debates en Internacional Socialista. Ugarte también le brinda las primeras explicaciones del esquema de comprensión de la realidad latinoamericana que va a ser omnipresente en la IN y en Galasso: el de la actuación del imperialismo británico y su expresión reciente (en las últimas décadas) y regional la “América Sajona”. El autor pretende mostrar que éste debate sobre el problema de la cuestión nacional está presente desde los orígenes de la izquierda y que, además, le sirve como divisoria de aguas en las polémicas de la izquierda. Construye una fuerte línea que cruza los partidos, corrientes, las décadas y los hombres y que definiría posiciones entre una izquierda nacional y una internacionalista. Esa diferenciación es parte ya de la historia primera del Partido Socialista (y por extensión de todos sus desprendimientos) y estaría marcada por el predominio de lo que para el autor es el predominio de una concepción “antinacional”, lo que genera la adopción del libre cambio, posturas evolucionistas y europeizantes y, en lo político, la “incomprensión del yrigoyenismo”.

El destacado análisis que realiza Galasso del enfrentamiento de Ugarte con la dirección del PS le sirve para destacar el doble carácter fundante de esa polémica: aportaría a “*echar las bases de una izquierda nacional*” y constituiría lo que para el autor es un cruce de caminos “*donde los socialistas deciden, por varias décadas, su destino político*”. La discusión que surge sobre el debate con respecto al canal de Panamá, tal como la presenta Galasso deriva en una discusión sobre el panamericanismo y el internacionalismo socialista y en la frustración para él de uno de los últimos intentos de “argentinización del partido”. Este momento representa, nada más y nada menos, que el aniquilamiento de la tendencia que intentaba conciliar socialismo y cuestión nacional. El saldo político sería la cristalización de un sello no nacional en el PS dado por la confluencia entre la socialdemocracia y el liberalismo.

Aparecen, de esta forma, dos adversarios importantes de Galasso y la IN: la socialdemocracia como expresión de pensamiento socialista no nacional y el liberalismo. Estos enemigos son permanentes y representan el eterno contramodelo. Pero en la acusación de Galasso también está presente la relación (casi de coexistencia o complicidad entre esta izquierda extranjerizante y el PS, ya que el partido es permeable al liberalismo que penetra “en

la clase dominante argentina” y que lo mantiene ajeno a la realidad nacional y latinoamericana en la que, según el autor, el partido pretende operar y a la que “desdeña”.

Esa dificultad de reconocer el carácter nacional, que sería el sello de los fenómenos populares, sería intrínseca a casi toda la izquierda tradicional esta fundada en su esquema de razonamiento liberal y europeizante. Esto la llevaría a “cometer” una serie de errores políticos que en el texto de Galasso están predefinidos por el esquema nacional-antinacional¹⁵.

Ese internacionalismo ajeno a la realidad local y regional esta presente, por supuesto, como “vicio internacionalista” en el surgimiento del PC. Galasso plantea que los jóvenes críticos al reformismo también ignoran (casi no podría ser de otra manera) la “clave de la semicolonía”. Desde este comentario se presenta por primera otro tema importante en el argumento del autor y es el referido a la endeblez de la crítica de los sectores juveniles frente a las “viejas direcciones” del reformismo. Esta crítica constituye un esquema de explicación importante usado en todas las oportunidades que tiene que combatir con las expresiones radicalizadas de sectores juveniles.

En cuanto a la historia de las fracturas de los partidos de izquierda en general y del PS en particular, están caracterizadas por problemas similares y recurrentes. Por ejemplo, el denominado “neutralismo revolucionario de Rodolfo Ghioldi” está marcado por el vicio internacionalista que sufrió el socialismo y, por lo tanto, no significa un avance hacia la superación del viejo tronco socialista. Al contrario, reproduce el esquema de la política oligárquica, conformándose como “su ala izquierda”, en vez de serlo del movimiento nacional.

Si nos detenemos en esta crítica a los desprendimientos por izquierda que sufre el PS, y hacemos referencia al análisis sobre el PC, encontraremos los calificativos más despectivos de su batería de conceptos aplicados a la izquierda. Aparece por primera vez la utilización del término “izquierdista” que no intenta describir una escisión crítica por izquierda de los partidos socialistas sino, sobre todo, es utilizado para remarcar un significado equivalente al de “extremistas”. Estos izquierdistas demostrarían rápidamente el desconocimiento evidente de la “cuestión nacional”. Cabe aclarar que ese concepto se convierte en una divisoria de aguas permanente para caracterizar a las distintas tradiciones de la izquierda. Este esquema de comprensión de lo político, que necesariamente se presenta con claridad en todas las épocas y que convierte al que no la comprende en un actor político obtuso que por el hecho de disponer un esquema de abordaje teórico basado en concepciones importadas, se les oscurece la

¹⁵ Para Galasso ese calificativo de antinacional para algunas expresiones de izquierda todavía le amerita (en 1983) la utilización de las comillas. Si consultamos las obras contemporáneas de Jorge Abelardo Ramos, veremos que esa prevención ya no es necesaria.

comprensión de la realidad argentina que es presentada, obviamente, como transparente (en términos de Geertz). No observar lo evidente es motivo suficiente para sospechar de incapacidad teórica y política para descifrar la realidad o, lo que es peor, de poseer marcos de interpretación elitistas, antinacionales, extranjerizantes, etc., todos ellos esquemas desubicados para nuestro país.

Para Galasso, en el caso del PC el posicionamiento del partido con respecto al yrigoyenismo es signo inmediato de una “negación global de la experiencia” y esa oclusión está basada en la existencia de una marca de origen en el comunismo local: su elitismo con respecto a los sectores populares. En este caso le asigna al PC observar a la UCR como expresión política de “la chusma”.

Nosiglia y el nacimiento del PI en 1890

En el caso del PI, en el período de la transición el problema principal en términos de la definición de su identidad, es el de expresar una síntesis de distintas experiencias políticas que lo conforman. Agravada la tarea con la de mostrar una continuidad política con la década del 70 en un espacio político e ideológico que puede definirse como difuso y de fronteras amplias y porosas o que fue caracterizado (y no despectivamente) como híbrido. Situaciones que generan límites identitarios que cabalgan entre varias demandas simultáneas: la necesidad de expresar una síntesis superadora de las experiencias de lucha de los 70 pero sin renunciar a su reivindicación; la de rescatar de los 70 una identidad muy utilizada como la del “nacionalismo de izquierda o nacionalismo revolucionario”; la de contener a los viejos sectores provenientes de la intransigencia radical sin mostrar una imagen envejecida, etc.

La hipótesis que sostenemos es que el “éxito” en sintetizar todos esos componentes de la identidad del PI, en mostrar como virtud una hibridación de conceptos, símbolos, tradiciones y experiencias se logra durante la década del 80 en la medida en que se mantiene, por un lado, el liderazgo de Oscar Alende, y, por el otro, esa conjugación de tradiciones diversas se da en el marco (es permitida y permite) de un crecimiento cuantitativo del partido que le permite ocupar un espacio importante en la izquierda, en convertirse en el cuestionamiento por izquierda del bipartidismo y (sobre todo) posterga definiciones más amplias, exigentes sobre sus relaciones con los otros sectores de la izquierda y con la oposición peronista del alfonsinismo. La inestabilidad de la fórmula se mantiene casi hasta 1987 cuando esos elementos de cohesión se convierten en demandas de decisión urgente y generen el estallido del partido alrededor de las líneas diferenciadoras de las distintas tendencias que expresan diversas tradiciones políticas.

En esos problemas del partido, en el que el sostenimiento y la viabilidad de una identidad híbrida es una condición de sobrevivencia, la reconstrucción de la historia partidaria va a jugar un papel fundamental. Es aquí donde ubicamos el análisis del libro de Nosiglia¹⁶. Partimos del supuesto de que la reescritura del pasado partidario es una preocupación asumida por las direcciones nacionales y si observamos que su composición en 1982-83 tiene mucho de continuidad no solo con la de mediados de los 70 sino con el viejo tronco intransigente desprendido de la UCR y de la UCRI, entenderemos el notorio esfuerzo de anclar su trayectoria en la historia del radicalismo. Por eso Nosiglia presenta los orígenes de la intransigencia no a principios de los 70 o fines de los 60, sino que se remonta a 1889, como génesis de las mejores tradiciones políticas argentinas. En ese lejano punto en el tiempo se condensan ya todas las virtudes presentada en el texto sobre la Intransigencia, virtudes que son válidas y vigentes hasta su presente. En primer lugar, la heterogeneidad de aportes y procedencias es vista como una virtud que conforma identidad a la tradición, genera un concepto de amplitud, de ausencia de prejuicios hacia otros orígenes y de que la identidad intransigente “solo” exige el enfrentamiento con el régimen, la oligarquía, el imperialismo o el enemigo imperialista, según corresponda en cada momento. Por supuesto que la apelación al heterogéneo origen también tiene que ver con su presente, el de un partido afectado por el problema de convivencia generacional y política entre los viejos sectores de la intransigencia, lo que el PI, recogió en la década del 70 y los nuevos grupos juveniles de la transición.

Por otro lado, el postular a la crisis del 90 como antecedente mítico de la intransigencia le otorga al PI un origen revolucionario que le daría una marca revolucionaria, le garantizaría títulos de rebeldía, oposición a un sistema excluyente y le generaría una mística combativa. Además la intransigencia es definida como, necesariamente, una conducta de rechazo a todo acuerdo y que va adherida a una ética y a una línea de conducta que es proclamada como una característica fundante de esta tradición. Esta definición es coincidente con la estrategia partidaria de la primera mitad de los 80 de sostener la singularidad como opción electoral, como síntesis superadora de las experiencias combativas de los 70 y de expresión de la politización juvenil de los 80 con el agregado de la experiencia de la intransigencia radical, en donde la mixtura es presentada como no conflictiva y concordante con la decisión de construir

¹⁶ El texto es escrito por Julio Nosiglia y publicado en mayo de 1983. además de no presentar ningún fuente histórica que compruebe sus afirmaciones, está basado en un criterio fundamental de autoridad: la experiencia, y el testimonio que se deriva de ella, de Alende. Cuenta con un apéndice documental que incluye el discurso de Oscar Alende al reasumir la gobernación de Buenos Aires (1961) y el programa del partido y un llamamiento a los argentinos aprobado por la Convención partidaria en diciembre de 1975. Por motivos de espacio solo analizaremos un capítulo del libro.

un partido y no apostar a una experiencia frentista (la heterogeneidad mantenida en una estructura de partido tradicional).

Otro ejemplo de cómo lo que Nosiglia define como una característica de la intransigencia resulta coincidente con las problemáticas del PI de los 80, es el énfasis puesto en sintetizar al radicalismo y la intransigencia como un movimiento nacionalista y popular “de neta raigambre antioligárquica” y asignarle vagos contenidos antiimperialista remontables hasta fines del siglo XIX. La idea de que la intransigencia significaría “no transar, no negociar, no subordinarse a todo aquello que sea antinacional o antipopular” se vincula directamente con el discurso antiimperialista hasta con las consignas electorales de las elecciones de 1983 cuando se pintaba en la calles la frase “Alende no se vende”

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2001). Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem, Homo Sapiens, Rosario
- ALTAMIRANO, C.: Peronismo y cultura de izquierda. Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2001
- ANGENOT M. (1998), Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias. Editorial Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
- ARFUCH L. (2002), “Problemáticas de la identidad”. En L. Arfuch, (comp.), Identidades, sujetos y subjetividades. Prometeo. Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre: ¿Qué significa hablar?. Economía de los intercambios lingüísticos, Akal, Madrid, 1985
- COSTA, R. y MOZEJKO, D.: El discurso como practica. Lugares desde donde se escribe la historia. Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2001.
- DALMASSO M.T. (2001), “Construcción/deconstrucción de identidades”. En M.T. Dalmaso y A. Boria (comp.), El discurso social argentino 4. Op. Cit.
- GILMAN, C.(2003): Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Siglo veintiuno editores Argentina, Argentina,
- Leonor Arfuch(2002): El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea. FCE, Buenos Aires, 2002

- LESGART, C.: Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80. Homo Sapiens ediciones, Rosario, 2003
- NEIBURG, F.(1998): Los intelectuales y la invención del peronismo. Alianza Editorial, Buenos Aires.
- POSTAY V. (2004), Los saberes para educar al soberano 1976-1989. Los libros de civismo de las escuelas secundarias, entre el Proceso y la transición democrática. Ferreyra. Córdoba.
- QUIROGA, H.: El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983. Editorial Fundación Ross, Rosario, 1994.
- SIGAL, S.(1991): Intelectuales y poder en la década del 60, Buenos Aires, Punto Sur.
- SKINNER, Q.: Significado y comprensión en la historia de las ideas. En Prismas, Revista de Historia Intelectual, N° 4, 2000
- TERAN, O.(1991): Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- WHITE, H. (2003): El texto histórico como artefacto literario. Buenos Aires, Paidós.
- TARCUS, H.(1999): El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña, Buenos Aires, El Cielo por Asalto